



LA NIÑA SANTA Y LAS SOBREMESAS DE UNA FAMILIAR INVESTIGACIÓN

A GAROTA SANTA E O ACIMA TABELAS DE UMA FAMILIAR INVESTIGAÇÃO

THE HOLY GIRL AND THE AFTER TABLES OF A FAMILY RESEARCH

Francisco Ramallo¹

Resumen: En este texto narro una historia de la familia de mi abuela paterna entre la memoria, la educación y la alimentación, como posibilidad autoetnográfica de volver a enunciar un pasado que me evangelizó en la santidad. Para ello valoro a las sobremesas como ambientes heurísticos de (des)generación de antepasados y como conversación de lo que colectivamente una familia comparte. En continuación con los parentescos eróticos que devienen de historias y relacionalidades narro una biografía de mi tía abuela Carmen para entrever una santa persistencia en el corrupto relato cristiano. Como preludio de la proyección cívica para el (con)vivir que la biografía de su padre y mi bisabuelo, Ulpiano Suárez Anciola, encarna como genealogía sagrada. Como ejercicio de (des)generación familiar que alimenta el desaprendizaje de la educación cristiana que me corrompió en mi infancia.

Palabra clave: autoetnografía; familia; investigación narrativa; performatividad; teoría queer

Resumo: Neste texto narro uma história da família da minha avó paterna entre a memória, a educação e a alimentação, como possibilidade autoetnográfica de reenunciar um passado que me evangelizou na santidad. Para isso, valorizo os pós-refeições como ambientes heurísticos de (des)geração de ancestrais e como uma conversa do que uma família compartilha coletivamente. Continuando com os parentescos eróticos que vêm de histórias e relacionamentos, narro uma biografia de minha tia-avó Carmen para vislumbrar uma santa persistência na corrupta história cristã. Como prelúdio da projeção cívica de (co)viver que a biografia de seu pai e meu bisavô, Ulpiano Suárez Anciola, encarna como genealogia sagrada. Como exercício de (des)geração familiar que alimenta o desaprender da educação cristã que me corrompeu na infância.

Palavras-chave: autoetnografia; familia; pesquisa narrativa; performatividade, teoria queer

Abstract: In this text I narrate a story of my paternal grandmother's family between memory, education and food, as an autoethnographic possibility of re-nunciating a past that evangelized me in holiness. For this, I value after-meals as heuristic environments of (de)generation of ancestors and as a conversation of what a family collectively shares. In continuation with the erotic kinships that come from stories and relationships, I narrate a biography of my great-aunt

Carmen to glimpse a holy persistence in the corrupt Christian story. As a prelude to the civic projection for (co)living that the biography of his father and my great-grandfather, Ulpiano Suárez Anciola, embodies as a sacred genealogy. As an exercise in family (de)generation that feeds the unlearning of Christian education that corrupted me in my childhood.

Keywords: autoethnography; family; narrative research; performativity; queer theory.

Recepción: 11/03/2022

Evaluado: 13/03/2022

Aceptación: 13/03/2022

Introducción

la enseñanza del creacionismo cristiano debería ser considerada y combatida como una forma de corrupción de menores (Haraway, 2014; p. 11).

Cada vez que preguntaba sobre la historia de Carmen mi abuela solía mostrarme el ejemplar de *Mi Revista*, en el que el Presbítero José González había escrito sobre la muerte de su angelical hermana. También solía decirme que era una niña santa y que, si hubiese vivido en estos mediáticos tiempos o en una geografía políticamente privilegiada, posiblemente hubiese sido canonizada. Si bien la noticia era de agosto de 1935, siempre que se narraba su historia parecía tan abierta como eterna. Quizás porque su futuro estaba hacia atrás tal como lo reconocería Lee Edelman (2014) en referencia de la reproducción queer o su pasado podría aún no imaginarse como lo plantearía José Esteban Muñoz (2019) al respecto de los horizontes de posibilidad de utopías queer que existen en el tiempo. El *continuum* de la historia se detiene al correr a Carmen del cielo católico, procurando una desenunciación de la corrupción creacionista que Haraway (2014) reconoció como forma de corrupción común a la infancia cristiana. El escándalo se reinvierte, entonces, a las fantasías de ser santos en una historia familiar. Se insinuaba que Carmen había vivido antes de esta vida y en esta fue sólo una presa cuyo su paso era de quién: “voló al cielo, patria de los escogidos del Señor, a cantar eternamente embelesada, en medio de sus semejantes, los innumerables coros angélicos del santo: santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos”². Desde entonces Carmen es una intocable reliquia familiar, una veneración que animó a continuar con la aparente inocencia de las pasiones tristes, aquellas que para Franco Berardi (2019) son necesarias para el ejercicio del poder cristiano, en un efecto que tiene la necesidad de que nos sintamos culpables y como el sacerdote se funda en la tristeza de sus sujetos.

Cuando viaje a mis trece años a Mendoza con la intención de acercarme a esta santa genealogía, mi tía abuela Chicha me entregó la fotografía que había guardado su hermano Ulpiano toda su vida, la conservaba con la sacralidad de la reliquia de santo y nunca como una foto de su cuñada. Raquel, su hermana, la suspiraba con la mirada y con la fe del encantamiento que me recuerda a la nefasta imagen de la aparición de la virgen que una diputa expresó públicamente reconocer al negar la discusión parlamentaria por la despenalización del aborto del año 2018 en Argentina. Narrar esta historia de Carmen me permite, en este acto, entrever una

santa persistencia que deviene en la proyección de una enunciación cívica para (con)vivir, eclosionando un relato cristiano, nostálgico y fosilizado en su erótica permanencia (Ramallo, 2019)³. Esta escritura continúa el trazado de la degeneración familiar como descomposición de la lineal historia filial (Ramallo, 2022), a la vez que alimenta un ejercicio de desaprendizaje de la educación cristiana que me ha corrompido en mi infancia.

Los dandelios, las flores que cortaba en los terrenos de paso cerca de mi casa y le llevaba a mi abuela cuando era niño, podían embellecer todo, pero pronto aparecía el límite divino: nunca podían ser una ofrenda para Carmen. Llevarle unas flores culo de perro –como se las solía llaman en aquellos terrenos- era tan grave como la imagen que recogí hace unos días en una marcha en la que manifestantes representaban a la virgen haciendo un aborto frente a la catedral de Mar del Plata. La representación de muertes de fetos, niños y vírgenes establecen hilos de significación para descomponer la búsqueda de lo angelical y la santidad en las historias de las niñas y mujeres como la de mi tía abuela Carmen.

Narrar estas historias podría colaborar en entrever la demanda sexual que atraviesa hoy a la educación y la vida pública en comunidad al respecto del acoso, la violencia y la discriminación de la jerarquía sexual impuesta por el creacionismo cristiano. La resistencia a quitar ese aluvión cristiano de nuestros cuerpos y mentes, reverbera el punto de vista del ojo de Dios desde cuyas lentes se tallaron los mapas para la educación (sexual). Dado que es inestimable reconocer que hoy existe una emergente movilización social por reconocer a la educación como sexual y que no hay dos demonios que valgan para teorizar. Desde el cristianismo y la iglesia católica con los movimientos tradicionalistas y conservadores se deslegitiman los reclamos disidentes y el derecho ambientes libres de discriminación, defendiendo una concepción naturalista y heterosexista de la diferencia sexual que suele caricaturizar con el término “ideología del género” a estas instancias patologizadoras y normativas que se derivan de mi historia legada de Carmen (Bernini, 2018).

Con la muerte de su hermana mi abuela conoció bien de cerca a la latente culpa, por inocentemente creer que su hermana se había descompuesto por probar la sopa de pastos que jugando a cocinar ella le preparó. Mi abuela Lucrecia solía jugar con Carmencita y de pequeña temía que esa sopa de pastos halla sido su veneno mortal, ya que había sido su último alimento antes de que la lleven al hospital. En las conversaciones en las sobremesas, luego del ritual de la alimentación familiar, las repeticiones del retrato de Carmen crecían cada vez más en mí, cerraba los ojos y esa era una historia que marcaba la infancia legada. Recurrentemente mi abuela contaba historias de su pequeña hermana, sabiendo que despertaba intriga hasta en los menos interesados. Carmen había nacido el 12 de junio de 1932 y desde ese día cambió de sobremanera el curso de los días de su familia, solían decir que era la más linda y la más buena. Algunas pocas fotografías podrían confirmar su primer adjetivo al ojo de Dios y los relatos escuchados incrementan el segundo calificativo narrado. Quizás aquí coinciden todos los relatos de la familia, entre todas las historias y vidas construidas por los relatos más variados en relación a familia la de Carmencita era la única que solía repetirse casi siempre de la misma manera por diferentes personas.



Imagen 1. *La santa hermandad* (fotografía del autor, 2020)

En esta fotografía del álbum familiar en las manos mi papá mi abuela está junto a sus dos hermanas en 1936, Raquel Servanda de bebé estaba sentada y aparece unguida por la santa Carmen, Lucrecia está de rodillas y con la vista baja. Es una imagen de protección siendo ella la hermana del medio entre las mujeres, en una época donde los niños eran un decorado mi abuela solía decir que Carmen fue una personalidad. A pesar de su corta historia, su importancia en la familia fue central. Inaugurando el panteón familiar en el Cementerio de San Carlos, su cuerpo fue por décadas venerado. La primer mujer de la rama de los primos de mi papá lleva su nombre en segundo lugar y todos hicieron culto de ella.

Desde ese primer viaje al pueblo natal de mi abuela, confirmé que llegar a La Consulta siempre significó para mi más cercana familia volver a contar sus historias. Los más grandes también me contaron sus historias en común de Carmen, a pesar de las divergentes narrativas que las otras biografías solían despertar. Escuché de tres tías abuelas de la familia la repetida anécdota de que Ulpiano (el papá de Carmen y de mi abuela) era una persona muy activa y poco perezosa, aunque los domingos solía quedarse en su cama hasta la media mañana, y Carmencita se tomaba el *tupé* de acercarse y rogarle a su padre que se levante y baje a atender su farmacia. Le decía que debía estar de servicio por si algún niño lo necesitaba, según mi abuela parece ser que un día le dijo: “-Papá si no tenéis la farmacia abierta, corres el riesgo que niños inocentes se vayan al cielo a volar”.

Carmencita desde los dos años de edad rezaba el rosario cada mañana, despertaba y salía corriendo a la iglesia- a unos pasos de su casa- para pedirle al Sagrado corazón del Jesús -o al niño Jesús como le solía decir - por la paz del mundo y el cuidado de los inocentes niños. Hablaban de su bondad, servicio y sensibilidad como lo suelen hacer de los santos, incluso cuando murió el párroco de La Consulta escribió el artículo que solía mostrarme mi abuela, lamentando la perdida con el llamado a seguir el ejemplo de la “Precoz devota de Santa Teresita del Niño Jesús”. De niño me daba mucho miedo escuchar sobre Carmencita, mi abuela la describía con tanto misterio, que cada vez que los detalles se incrementaban el temor también crecía. El día que vi su rostro por primera vez en la reproducida fotografía, sentí tantas palpitaciones que no supe como reaccionar. También supe que muchos

años después de la muerte de Carmen, cuando abrieron el féretro en donde había estado conservado su cuerpo para conservarlo fue grande la sorpresa. Leyendario fue ver para la familia testigo que pese al medio siglo transcurrido, el rostro de Carmen seguía intacto, con las uñas crecidas y un extenso cabello del color de los ángeles que la cubría, parecía dormida frente al tiempo.

(Des)componer una genealogía sagrada

Hermanos García Nobleja 15 es una dirección a la que me acerco cada vez que visito Madrid, allí vivía la única prima hermana de mi abuela, María Concepción Mayo de Blanco o conchita como la solían nombrar para los más diversos chistes que su apodo despertaba por estas latitudes. Aunque nunca tomó coraje de visitar Europa, a mi abuela le encantaba escuchar la historia de mis paseos en nuestras sobremesas de adolescente. Por las historias de su papá reconocía los nombres de las plazas, parques y algunas de las principales calles de la capital de España. Amante de la fotografía y de los viajes, dejó una gran documentación en sus álbumes, como la foto con su hermana en las cercanías de la Puerta del Sol o la que estaba caminado con su mamá por la Gran Vía. En 1947 viajó a España en el mismo barco que trasladó en ese entonces a Eva Perón. En aquel reencuentro recuperó recuerdos y luego se trajo a vivir consigo a su hermana mayor Servanda. Viuda y sin hijos, estuvo con él hasta su muerte y fue otra abuela en la infancia de mi papá. Esta tía bisabuela también había dejado años antes a su España natal para radicarse en Cuba en medio de las divergencias políticas de pertenecer a una familia de origen franquista y estar casada con un “revoltoso” republicano que debió escapar una noche para La Habana sin demasiado tiempo para armar un plan. El llanto de la mujer paró cuatro meses después, cuando Santos Mayo le envió una carta pidiéndole a Servanda que se radique con él. Se cuenta en la familia que ambos juraron no volver a pisar suelo español. Poco sabía entonces del lugar a donde viviría, aunque no dudó en encontrarse con su marido y luego de veinte años la no tan muchacha enviudo aunque su exilio no paró.

Para Ulpiano este sur era su tierra, aunque siempre sintió el exilio de su madre patria. A pesar de su inmigración a Buenos Aires en 1910 el contacto con la familia nunca se perdió, continuó escribiéndose con su madre y sus hermanas hasta su muerte. Durante la Guerra Civil Española Ulpiano solía enviar cajones de mercadería, alimentos, ropas, abrigos y zapatos para su familia, aunque más tarde se enteró que nada de ello había llegado. Una vida compartida entre dos territorios, el que se dejó y el que encontró, de su padre no recordaba casi nada porque murió cuando tenía dos años. Su madre con veintitrés años había quedado viuda y solo le había quedado guardado de manera indeleble el luto y todo lo que siguió a esa desgracia. Luego de la muerte de Juan Suárez pasó su infancia con su abuela paterna, hasta que fue a vivir con unos tíos maternos en Luarca. De allí conservaba sus más lindos recuerdos, la ciudad portuaria en la costa cantábrica fue para Ulpiano un ambiente de playas y jardines, en un ir y salir de barcos de colores en el que su tío José Anciola fue su benefactor y quien le enseñó sobre primeros auxilios, cirugías y los consejos boticarios que Ulpiano siempre conservó.

José Anciola se había casado en 1906 con María Consolación Asenjo hija de Ramón Asenjo (1854-1919)⁴. Era médico cirujano había estudiado en La Sorbona en Francia y para su boda, su suegro les regalo una vivienda en la que vivió Ulpiano durante los primeros años de este matrimonio. Luego nació su primo el futuro

médico Manuel Anciola que posteriormente tuvo dos hijas, una de ellas se casó con un aviador norteamericano y la otra con un diplomático español.⁵ Ulpiano Suarez Anciola nació el 12 de agosto de 1893 en Rellón de Meras, donde al día siguiente fue bautizado en la Parroquia de San Pedro de Paredes y cuyos padrinos bautismales fueron José y Camila Avella. Fue el segundo hijo de Juan Suárez (1865), un humilde labrador del pequeño pueblito agrícola de Rellón de Meras en Asturias y de Genera Anciola (1871) de una destacada familia lugareña con una condición social mas favorable y en la que existían profesionales. Sus padres se casaron en 1891 y trajeron al mundo a Servanda (1892), Ulpiano (1893) y Lucrecia (1894). Su padre Juan Suárez había nacido en 1865 en Rellón de Meras, hijo de Antonio Suárez y Sinforosa Alonso -la abuela paterna que fue quien crió a los pequeños en el campo- también era oriundos de aquél pueblo y habían formando una familia extensa siendo muy jóvenes. De sus siete hijos sólo conocí sobre el destino de dos: Ulpiano y Adolfo Suárez. El primero de ellos fue asesinado por las fuerzas franquistas durante la Guerra Civil Española, en una muerte ejemplar ahorcado en un árbol. Ulpiano tuvo cuatro hijos José, Ulpiana, Cipriano y una niña. La menor fue madre de Luisa, Telmo y Ernesto García, quienes también se establecieron en Argentina. Adolfo Suárez -el otro de los hermanos de Juan- también tuvo un hijo que se acercó a las pampas, Elías Suárez quien, casado con una española, vivía en Buenos Aires y se encargaba de gestionar el pequeño Hotel Normandy.



Imágenes 2. Fotografías familiares en España, fines del siglo XIX (archivo del autor)

A la izquierda Ulpiano, Lucrecia y Servanda con su abuela paterna, en una clásica imagen de las familias campesinas españolas de fines del siglo XIX y a la derecha los jóvenes retratos en Madrid en el mismo momento y posiblemente acompañados por los Anciola. De un lado y del otro las imágenes reproducen la diferencia social de las familias, Su padre provenía de una familia de labradores y su madre había desafiado a su padre, abandonando algunos de los privilegios de su casa paterna.

En 1903 su madre Genera se casó con el banquero Celestino Álvarez, con quién se instaló en Madrid. Celestino era una buena opción frente a los gustos de su familia, aunque Ulpiano -el pequeño hombre de la familia- solía cuestionarle a su madre el

olvido de sus primeros hijos. En Luarca aprendió el oficio de la medicina y la farmacia con su mencionado tío José Anciola, hermano de su madre. En 1905 nació Celestino Álvarez, llamado como su padre, fue contador y quedó ciego en un atentado durante la Guerra Civil Española. Camilia Anciola casó con Menendez, quiénes emigraron a Argentina, desarrollaron la tienda La Favorita en Rosario y tuvieron una hija - Pura Menendez.

Años más tarde su madre se caso en segundas nupcias con Celestino Álvarez, un banquero de Madrid con quien posteriormente tuvo tres hijos. La distancia con su padrastro y con madre hizo que un día decidiera “hacer la América”. En un primer momento pensó en ir a Cuba, uno de los lugares de nuestro continente que mayor población asturiana recibió, pero llegar a Buenos Aires se convertía en una ruta más provisoria. En marzo de 1910 llegó de su travesía del atlántico y ello nunca se arrepintió. Busco trabajo durante varios meses y valido su formación idónea como farmacéutico, primero se desempeñó en la Farmacia Echeverri en la Calle Florida de la Capital Federal en donde dormía y trabajaba. Por esos años escucho hablar a Hipólito Irigoyen y atraído por sus ideas democráticas se afilio al partido radical.

En 1913 se caso con María Julia Dominga Bertignone, de manera sencilla y sin ceremonia religiosa. Sin embargo, como María lloraba por no haberse podido casar en una iglesia, como lo mandaba la religión cristiana, se casaron unos meses después el 29 de agosto de 1914 en la Iglesia Nueva Pompeya de Capital Federal. A María le encantaba el Buenos Aires querido en el que se había enamorado, aunque al seguir a su marido hacia el oeste terminó en Mendoza y cambios de residencia de la pareja no sólo se debían al activismo político de su marido sino a que ella no se adaptaba a esos lugares. Había nacido en Campana el 29 de mayo de 1893 y su madre, Antonia Costa, murió en el parto. Por lo que había sido criada por una de sus tías maternas entre Campana y Buenos Aires, de ellas su preferida era Micaela Costa di Benedetto.

Por su familia paterna, Andrés, su papá, se volvió a casar con María Bolea Bosco -sobrina nieta del canonizado Don Bosco- y tuvo dos hijos. La segunda esposa de su padre falleció a los cien años, el 20 de junio de 1959, y fue una abuela muy presente para mi abuela. Su hijo Andrés Miguel nació en 1902, fue soltero y en 1964 no se supo más de él, desapareció y jamás se encontró su cuerpo. Su hija Ángela nació en 1904 y se casó con Cafaro Milanese, con quién se radicó en Rosario y tuvo un hijo llamado Carlos. Un año antes de desaparecer Andrés, Ángela murió. La familia quedo pequeña y mi abuela solía decir que otra hubiese sido la historia si María Bolea Bosco no hubiese perdido el embarazo de los trillizos que no llegaron a nacer, frente al susto que se pegó al creer que un carro atropellaría a su hijo que estaba jugando en la calle.

María, la madre de Carmen, era una mujer muy correcta, no se salía de sus formas y no solía hablar mal de nadie. Para mi abuela lo más bonito que tenía era el adorno de su sencillez y su entrega a la familia. Fue un sacrificio muchas veces acompañar el activismo político de su marido, en las convenciones políticas y las separaciones de su hogar. Cocinaba muy bien, era tierna, maternal y discreta, toda una primera dama consultina. Aunque en aquella política de hombres muchas veces su opinión e ingenua claridad queda descalificada. Cuando discutía con Ulpiano decía que se iría a vivir a Buenos Aires, soportó tiroteos en su casa y dolorosos vaivenes en aquella vieja política a la que solía decirles: déjese de escorchar, ya está bueno.

Un padre del cielo

Mi Revista fue un proyecto editorial que desarrollo mi bisabuelo Ulpiano Suárez Anciola en las décadas del treinta y el cuarenta del siglo XX, que el mismo financiaba y distribuía en su propia farmacia. Se imprimía en Buenos Aires y también circulaba por otras ciudades, colaborando en su producción figuras de la cultura local y nacional -como Victoria Ocampo, Eduardo Mallea y su íntimo amigo Barceló Tour-. Si bien estaba orientada a los avances, publicidades y producciones farmacéuticas, incluía ensayos políticos, cuentos y literaturas, noticias del espectáculo de Hollywood, horóscopos, peinados y moda femenina, concursos fotográficos y sobre todo notas sociales sobre Mendoza y San Carlos. En la noticia que prelude este texto se hace evidente el privilegio de narrarse del padre del cielo, posición clasista y cómoda en relación a la vulnerabilidad personal y profesional que podría generar una autoetnografía. Este privilegio narrativo de quién es capaz de contar una historia y quién tiene la habilidad de escucharla refiere a un conocimiento que nos lleva a discernir a quién podríamos herir o silenciar contando esta historia (Adams en Tullis, 2018)

Su historia se erige como la de un prócer cívico. En 1914 se trasladó al pueblo pampeano de Quetrequen, en donde cinco años después de su boda nació su primer hijo Ulpiano Guillermo Suárez -farmacéutico y político como él-. En la más cruda pampa vivió hasta 1920 instaló su farmacia propia, creo el periódico “La Voz de Quetrequen”, fue encargado Escolar del Consejo Nacional de Educación, colaboró en la fundación del primer Comité Radical en Parera, fundó el Club Pampa y fue director de la primera biblioteca pública del poblado.

Luego se traslado a Junín de Mendoza, en donde fue Ulpiano además de instalar su farmacia, fundó la Sociedad de Socorros Mutuos de la que fue su primer presidente entre 1920 y 1924. En 1918 los radicales accedieron al poder municipal y a partir de entonces el pueblo comenzó a elegir sus autoridades, aunque este derecho fue conculcado en reiteradas oportunidades. En Junín conoció a su gran amigo el Dr. Roque Vittolo quién se había especializado como abogado criminalista y fue ministro del Interior del presidente Arturo Frondizi en 1958. En 1923 nació su hijo Juan Idelfonso, quién luego de estudiar en Buenos Aires sin terminar sus estudios universitario se casó y se instaló allí.

La posterior mudanza por la hostilidad de la política conservadora fue en 1925 a Eugenio Bustos y finalmente se estableció en La Consulta. Como en sus anteriores residencias instaló una farmacia y enseguida participó de círculos de fomento locales, aunque en este último poblado permaneció un largo tiempo y allí nacieron sus otros cuatro hijos: María Lucrecia en 1928 (mi abuela y farmacéutica al igual que él), Carmen en 1932 (la niña santa), Raquel Servanda en 1934 y Andrés Antonio en 1935.

Más que la niña santa su padre fue el héroe cívico que protagonizó las historias de las sobremesas de mi abuela. La biografía de mi bisabuelo Ulpiano Suarez Anciola fue un tejido al que me avoqué en diferentes oportunidades y que nunca pude publicar por mi sensación de incompletud y mi temor a reproducir su patricarcal narrativa. La relevancia política regional de Ulpiano lo llevó a ser mencionado en numerosos diccionarios biográficos y también un primo de mi papá intentó narrar su vida a partir del trayecto de su experiencia migratoria “del cantábrico al Yaucha”. El Diario Proa -Órgano Oficial de la Unión Cívica Radical- publicó el 20 de enero de 1940 un retrato de su pública vida:



Llegó al país en el año 1910, asimilándose de inmediato a nuestro medio. Estableció la primera farmacia de Quetrequen, Pampa Central. Fundó en el año 1914 el periódico “La Voz de Quetrequen”, desde cuyas columnas combatió tesoneramente contra el analfabetismo, en mérito de lo cual se le nombró Encargado Escolar del Consejo Nacional de Educación. Colaboró en la fundación del primer comité radical en Parera. Fundó el Club Pampa, dirigiendo una biblioteca hasta el año 1920. En ese año se trasladó a Junín (Mendoza), donde fundó la Sociedad de Socorros Mutuos, presidiéndola durante cuatro años. En 1925 se instala como farmacéutico en Eugenio Bustos (San Carlos), donde se prestigió por su ecuanimidad. En 1934 fue procesado por sospechas de sedición, se le acusaba de desplegar actividades subversivas contra el gobierno fraudulento del general Justo. Constituye Ulpiano Suárez Anciola, verdaderamente el ejemplo del civismo en toda hora ha mantenido su posición de lucha desinteresadamente. Querido y respetado, tanto por los hombres del partido como por sus adversarios, es un espíritu amplio, de fe democrática inquebrantable.

Farmacéutico, político, escritor y fotógrafo, fue una leyenda en su pueblo. Hoy existe una plazuela y una calle con su nombre, y a pesar del tiempo existen vecinos que recuerdan sus eventos y su legado continua en el eco provincial. Incluso el actual gobernador de Mendoza Rodolfo Suárez es su nieto y primo hermano de mi papá y su bisnieto (que lleva su nombre Ulpiano Suárez Blond) es el Intendente de la capital provincial. Primero las conversaciones en las sobremesas con mi abuela, luego mis viajes al perdido pueblo entre los andes y finalmente el trabajo de archivos entre documentos oficiales y personales, me ayudaron a delinear su canónica biografía. De militancia radical se enfrentó a los conservadores de principios de siglo XX y a su política clientelar, mi abuela recordaba la injusticia de los “gansos” que pasaban por las fincas y corruptamente se llevaban pollos, chanchos y de vez en cuando una negrita –autorizados en el mandato de violencia patriarcal-. Sus amigos no sólo fueron los grandes hombres, Ulpiano también curaba a las putas del prostíbulo local que llegaban a la farmacia, a quienes protegía y las ayudaba en sus necesidades sociales. Una de ellas le salvó la vida, cuando él había liderado una contra-revolución que se oponía a Uriburu y a los lencinistas, hubo una conspiración e intentaron asesinarlo. En ese entonces un militar de alto rango se acostó con una protista y le comentó que en aquella noche matarían a Ulpiano Suarez y la mujer corrió a la farmacia a contarle. Cuando llegaron los matones –que mi abuela los recordaba con caras cortadas- estaban resguardados en su casa.

En estos tiempos la feroz política estaba colmada de matones y tipos malevos. Una vez le llevaron a la farmacia a un hombre que le habían abierto la panza de una cuchillada y él lo operó y lo salvó. Posteriormente durante una violenta campaña política intentaron matarlo y ese mismo hombre a quien le había salvado la vida cosió con mas veinte puntos se enfrentó a quienes querían asesinarlo. Era el boticario del pueblo, en ese momento no había médicos y más de una vez salvó a alguno de sus conciudadanos. Mi papá recuerda de pequeño que algunos vecinos le decían tu abuelo me salvo la vida, nos curó con una receta magistral y nunca nos cobró. Su casa y su farmacia eran espacios abiertos para la vecindad en la tierra del vino, cuya historia oral narrar que el nombre del pueblo se debe a la “consulta” que José de San Martín celebró con los caciques pehuenches para cruzar los Andes. Con la india Calandria conversaba sobre la curación con las plantas, ella era una cautiva india que se había lastimando uno de sus talones con una flecha y Ulpiano la curó.

Bajo la bandera del radicalismo entendió que podía construir sus metas, fue Juez de Paz de La Consulta desde 1928. El 28 de septiembre de 1933 durante el gobierno de Agustín P. Justo, junto con su consuegro Ricardo Reynoso, organizó una toma del ejercito por parte de la oposición radical pero el plan fracasó y cayó preso. Tuvo la amenaza de ser deportado e incluso fusilado, aunque por la presión local en marzo de 1934 quedó en libertad. Posteriormente fue dos veces diputado provincial en 1940 y en 1945. Tres veces intendente (elegido en 1958 y 1963) y una vez como comisionado en 1955. Finalmente fue nombrado por Illia Cónsul Argentino en España pero la muerte lo sorprendió en Buenos Aires el 22 de febrero de 1966.

Las sobremesas de una familiar investigación

Desde niño me daba mucho placer escuchar y conversar con mis abuelos, sobre todo en los almuerzos y las cenas familiares. Compartir alimentos era la ocasión para preguntar y cuando me lo permitían registrar nombres, fechas y datos que orientan la lineal genealogía que en este texto procuro comenzar a problematizar. Las búsquedas de orígenes enraizaban mitos clánicos en las prolongadas sobremesas, en las que casi siempre mi abuela llevaba la conversación y aportaba alguna tonalidad. Al igual que en los capítulos de una saga familiar, como la novela Casa de los Espíritus (1982) de Isabel Allende -que a mis quince años mi abuela me prestó para leer- o la serie la Casa de la Flores (2018) -que me cautivó recientemente en nexflix- cada vez que comíamos juntos intentaba retomar la madeja de las historias interrumpidas en clave parental. Cada familia tiene historias que se cuentan, que se repiten, que se vuelven a decir, una narrativa mítica de secretos que abarca a varias generaciones. Las sobremesas, sin olvidar su colonizada imagen clasista, fueron la aldea de las narrativas que mi familia paterna eligió para mezclar recuerdos, omisiones, sumas y fantasmas para quiénes fuimos allí criados.

Memoria, alimentación y educación triangulan historias que para mi abuela eran en sí mismas una herencia familiar, a la par que comíamos sus recetas entramábamos nuestro propio registro genealógico. Alimentaba esa jerarquía de la mesa que Richard Huerta (2014) emparentó a los usos de la comida en su análisis sobre las retóricas de la vajilla, recuperando el sutil valor de los hábitos alimenticios al respecto de los aspectos estéticos y sociales que intervienen tanto en la cocina como en la memoria de la alimentación. La vajilla también es una narrativa que forma parte del ritual y del acto de comunicar en la mesa, esta necesidad individual que solemos satisfacer colectivamente con la familia con los símbolos de la tradición cristiana del pan, el vino y el aceite. Los usos de mesa y la imagen de la comida en estas historias recuperan, entonces, el entorno doméstico familiar de la alimentación y del lugar de las mujeres (a excepción de mi papá, mis anteriores generaciones quedaban excluidas de este territorio). Aunque los sentidos sobre quiénes cocinan y servían la mesa en mi familia los interrogué en una serie de instalaciones domésticas recientemente desde una indagación performática (Ramallo, 2021), aquí me interesa reconocer que el comer es una actividad constante y fecunda de la memoria familiar. Una experiencia que escenifica un planteamiento y una presentación de la comida y de saborear experiencias de una crianza social.

La mesa redonda como identidad alimentaria nos dejaba escuchando en un círculo en el que las palabras de mi abuela se desnudaban y algunas noches de suerte el

recuerdo festivo se incrementaba con el visionado de la caja de fotografías. Con ellas ilustraba los rostros y los escenarios de sus historias, el mirarlas era siempre motivo para narrar una historia más. Más aún cuando comencé a pedírselas para hacerles copias (inter-negativos) y compartirlas, en ese tráfico de imágenes aparecían nuevas historias en una circulación que intercambiamos como figuras y cuerdas (Haraway, 2019). En las fotografías se narran algunos hallazgos accidentales, esos que no deberían ocurrir pero que ocurren. Es por eso que para Inés Ulanovsky (2020) como archivos incompletos, las fotos no tienen el fin de ilustrar sino de dibujar lenguajes. Las fotografías narran hechos que ocurrieron en una combinación de circunstancias o de causas imprevisibles no lineales, sin plan previo y sin propósito. La representación de la intimidad de la familia es una temática de creciente interés en las artes, las humanidades y las ciencias sociales, dado que reinterpretan las relaciones en deconstrucción, provocación y renovación -descomposición, diría yo-. Para Rebeca Pardo Saiz (2013) la fotografía familiar y el cine doméstico refuerzan que la biología por sí sola no basta para justificar la complejidad del parentesco, analizadas como huellas mnemónicas - como se inscriben en la memoria los acontecimientos-.

Si las autoetnografías documentan formas en que el mismo investigador cambia, tal como lo remarca Bernard Calva (2019), la recopilación y el análisis de los datos se desarrollan simultáneamente, dado que es proceso y producto. Escribir permite a un investigador identificar problemas que están envueltos en la confidencialidad, una manera de darnos sentido a nosotros mismos y a nuestras experiencias de investigar. El proceso de estudiarnos a nosotros mismos, al tiempo que estudiamos nuestros temas de interés, requiere ser consciente de documentar decisiones, preocupaciones e incertidumbres. Más que tener una preocupación por la exactitud mi objetivo es producir textos analíticos y accesibles, que nos cambien a nosotros y al mundo en el que vivimos, de allí la intención de volver a la niña santa, a su padre y a su genealogía. Al respecto Allis Bochner (2019) afirma que las estructuras de poder constitutivas de la socialización académica son tan difíciles de resistir como lo son las narrativas de nuestra propia familia, uno aprende que entrar a una disciplina significa entrar en un mundo que tiene su propio lenguaje. Sin embargo, los trabajos de storytelling que construyen continuos de vida y experiencia desdibujan la línea entre teoría y relato, llevando la atención a la significativa depresión institucional de las universidades. En efecto, mi yo narrativo como la manera en la que me cuento mi historia a mí mismo, actúa como un acto de imaginación sobre las historias que necesito para volverme a narrar (Bochner, 2019).

No convertimos la historia en datos para probar las proposiciones teóricas, conectamos la teoría y la historia cuando tratamos de estar con ella, permitiéndonos resonar con los dilemas morales que nos plantea, entendiendo sus ambigüedades, examinando sus contracciones, sintiendo sus matices y permitiéndonos ser parte de ella. La ética de volver su experiencia una investigación y el yo como foco primero de investigación puede ser lugar a dilemas altamente contextuales, contingentes y relacionales (Tullis, 2019). La autoetnografía existe en un continuo que va de lo artísticamente fluido, a lo estructurante y analítico, una relación personal que involucra pensamientos y sentimientos para informar análisis e interpretación de conversaciones y modos de habitar archivos. A través de los sentidos empíricos, se deslizan fronteras permeables entre el hecho y la ficción, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo

verdadero y lo imaginario, para pensar junto con la historia, como la escritura misma se convierte en una especie de investigación.

Desde nuestras maneras distintas de experiencia y pericia, sabemos a la vez demasiado y demasiado poco, y así sucumbimos en la desesperación de penetrar en un tiempo que exige dismantelar el punto de vista del “ojo de Dios”. Ni la fe ni la desesperación saben enseñarnos a jugar con “figuras de cuerdas”, en historias que proponen y ponen en práctica patrones para que quienes participen habiten, de alguna manera, una tierra herida y vulnerable en una narración que trata sobre la recuperación tan llena de muerte como de vida, tan llena de finales como de nacimientos (Haraway, 2019, p. 31). Elisabeth Roudinesco (2003) recupera como la familia burguesa exaltó el matrimonio, el amor cristiano y la maternidad para que el padre devenga patriarca, dado que la familia se declara funesta para la expansión del deseo y la libertad sexual, utiliza la idea de desorden para caracterizar tiempos en la que el peso de la tradición y la figura del padre como Dios soberano se transbordan desde el narrar.

En el espacio de las sobremesas transcurrían no sólo eternas discusiones políticas sino también ejercicio de conversación y de (des)generación familiar, es decir de volver a generar historias de las familias con el prefijo que remarcó como un dismantelar del aprendizaje patriarcal. Estos ambientes corresponden a los rituales que Christoph Wulf (2015) identifica en su trabajo narrativo y performático sobre la felicidad de la familia, en un narrar que como Donna Haraway (2014) y su provocación respecto de la enseñanza del creacionismo se nos incrustada desde la infancia y es un obstáculo para la educación (sexual). Y aunque interminable y poco concluyente, esta escritura me ayudó a reconocer un ambiente de crianza y de la educación familiar.

Referencias

- Bénard Calva, S. M. (2019). *Autoetnografía: una metodología cualitativa*. Aguascalientes: UAA.
- Berardi, F. (2019). *Futurabilidad: La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bernini, L. (2018). *Teorías queer*. Madrid/Barcelona: Egales.
- Bochner, A (2019) “Ya es hora: narrativa y el yo dividido”. En: Bénard Calva, SM. *Autoetnografía: una metodología cualitativa*. Aguascalientes: UAA.
- Edelman, L. (2014). *No al futuro: la teoría queer y la pulsión de muerte*. Barcelona/Madrid: Egales.
- Haraway, D. (2014). *Manifiesto Ciborg: El sueño irónico de un lenguaje común para las mujeres en el circuito integrado*. Buenos Aires: Puente aéreo.
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Buenos Aires: Consonni.
- Huerta, R. (2014). La jerarquía de la mesa y el diseño de la vajilla como elementos de educación artística desde la cultura visual.
- Muñoz, J.E. (2019). *Utopía queer: El entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Pardo Sainz, R (2012) La familia en el arte y la antropología del parentesco: Puntos de encuentro desde 1984. *Revista Sans Soleil-Estudios de la Imagen* 5(1). pp. 48-63.



- Pardo Sainz, R. (2013). La autorreferencialidad en el arte (1970-2011). El papel de la fotografía, el vídeo y el cine domésticos. Tesis de Doctorado en Bellas Artes. Universidad de Barcelona.
- Ramallo, F. (set./dez, 2019) Paulo Freire con glitter y pañuelo verde: Notas cuir para educadores. *Série-Estudos, Campo Grande, MS, 24*(52). p. 101-122.
- Ramallo, F. (2021) Una pedagogía de la instalación. *Revista de Educación de la Facultad de Humanidades N°24*.
- Ramallo, F. (2022) Parentescos eróticos: una autoetnografía para la desgeneración familiar. En: Fernandes, Mille y Santos, M. R. *Educación antirracista, epistemologías decoloniales e interseccionalidades*. Brasilia: Quipá.
- Roudinesco, E. (2003) *La familia en desorden*. Buenos Aires: FCE.
- Tullis, J. (2019) “Yo y los otros: La ética en la investigación autoetnográfica” En: Bénard Calva, SM. *Autoetnografía: una metodología cualitativa*. Aguascalientes, UAA.
- Ulanovsky, I. (2020). Las fotos. Buenos Aires: Paisanita.
- Wulf, C. (2015). La Felicidad de la Familia Reflejada en la Narrativa, la Imagen y el Performance. En: Murillo Arango, G. J. (comp.). *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.

Notas

¹ Pedagogo y artista que es investigador asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesor adjunto regular en el Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP), donde es director del Grupo de Extensión Pedagógica y co-director del Grupo de Investigación en Educación y Estudios Culturales (GIEEC). Realizó estudios postdoctorales en la Universidad Federal de Pernambuco, se graduó de Doctor en Humanidades y Artes, Magíster en Estudios Étnicos y Africanos, Magister, Licenciado y Profesor en Historia, Especialista en Docencia Universitaria y Especialista en Educación y TICs. Además se formó en universidades en Italia, España, Portugal, Brasil y Chile, es coordinador de la Red de Investigaciones-Vidas y ofrece seminarios sobre la investigación en educación en el país y en el extranjero. franarg@hotmail.com

² Mi Revista N°12, agosto de 1935. Pág. 3.

³ El uso del paréntesis alude a recursividad de los conceptos señalados y a la opcional lectura de dicha enunciación.

⁴Ramón Asenjo fue uno de los integrantes de las primeras promociones de luarqueses emigrados a la Argentina, en concreto a Rosario, donde fue propietario de una fábrica de tabacos en la que se fabricaban los cigarrillos *Colón*, negocio que vendió en 1890 para volver a residir en Luarca. Con su considerable fortuna en Luarca fue militante del partido liberal y ocupó diversos cargos en la administración pública como concejal, alcalde y diputado provincial. También fue cofundador y principal impulsor del Hospital-Asilo y como agradecimiento por su labor se le dedicó una calle y dos bustos en un paseo público de Luarca.

⁵ La casa desde el 2001 es el Hotel Villa de Luarca y está situada en la calle Álvaro de Albornoz n° 6 junto a otra vivienda unifamiliar gemela proyectada por el arquitecto Juan Miguel de la Guardia, es conocida como la Casa Anciola y se destaca por su estilo ecléctico neorrenacentista.